

# CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación  
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.  
ISSN: 0213-4381 e-ISSN: 2605-3012

Volumen XL  
Julio-Diciembre 2024  
Número 78

## SUMARIO

### ARTÍCULOS

<b>José Martínez Hernández</b> <i>El legado de Sócrates. La fidelidad al pensamiento</i> .....	369-388
<b>José Joaquín Castellón Martín</b> <i>Intuiciones éticas en la moral del Papa Francisco: Una mirada de conjunto</i> .....	389-410
<b>José Luis Caballero Bono</b> <i>Las islas y el continente. Aproximación a la obra dramática de Karol Wojtyła y Edith Stein</i> .....	411-428
<b>João Manuel Duque</b> <i>¿Qué libertad y qué religión? Consideraciones Antropo-teológicas sobre la libertad religiosa</i> .....	429-443
<b>Carmen Romero Sánchez-Palencia - Vicente Lozano Díaz</b> <i>Intersubjetividad y existencia: La hermenéutica del rostro levinasiana</i> .....	445-464
<b>Anita Cadavid Calle</b> <i>Una aproximación a la reflexión de Robert Spaemann sobre la anatomía de la felicidad. La antinomia de la felicidad y el amor benevolente</i> .....	465-479
<b>Jean Paul Martínez Zepeda</b> <i>El concepto como hábito semántico en Guillermo de Ockham. La Lógica Nominalista Franciscana en la teoría del signo natural del S. XIV.</i> .....	481-503
<b>Manuel A. Serra Pérez</b> <i>¿Es necesario un acto de ser? La raíz del tomismo en cuestión</i> .....	505-524
<b>José Luis Meza-Rueda</b> <i>Meditación teológica acerca de la promesa transhumanista del mejoramiento humano.</i>	525-544
<b>Carmen Ramírez Hurtado</b> <i>La performatividad artística como instrumento de cambio: una visión de la musicalidad en la Buena Nueva</i> .....	545-570
<b>Joan Tahull Fort</b> <i>La irrupción de las mascotas en los hogares. ¿Por qué las familias tienen animales domésticos?</i> .....	571-596
<b>Antonio Sánchez Román</b> <i>La poética del compromiso en Antonio López Baeza: estética, ética y mística</i> .....	597-616
<b>NOTAS Y COMENTARIOS</b>	
<b>Pedro García Casas</b> <i>¿Por qué seguir aún en la Iglesia Católica tras la crisis de los abusos? Desde el pensamiento teológico de Joseph Ratzinger</i> .....	617-630
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	631-660
<b>LIBROS RECIBIDOS</b> .....	661-662
<b>ÍNDICE DEL NÚMERO XL</b> .....	663-666

# CARTHAGINENSIA

ISSN 0213-4381 e-ISSN 2605-3012  
<http://www.revistacarthaginensia.com>  
e-mail: [carthaginensia@itmfranciscano.org](mailto:carthaginensia@itmfranciscano.org)



Instituto Teológico de Murcia O.F.M.  
Pza. Beato Andrés Hibernón, 3  
E-30001 MURCIA

CARTHAGINENSIA fue fundada en 1985 como órgano de expresión cultural y científica del Instituto Teológico de Murcia O.F.M., Centro Agregado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Antonianum (Roma). El contenido de la Revista abarca las diversas áreas de conocimiento que se imparten en este Centro: Teología, Filosofía, Historia eclesiástica y franciscana de España y América, Franciscanismo, humanismo y pensamiento cristiano, y cuestiones actuales en el campo del ecumenismo, ética, moral, derecho, antropología, etc.

## **Director / Editor**

Bernardo Pérez Andreo (Instituto Teológico de Murcia, España)  
Correo-e: [carthaginensia@itmfranciscano.org](mailto:carthaginensia@itmfranciscano.org)

## **Secretario / Secretary**

Miguel Ángel Escribano Arráez (Instituto Teológico de Murcia, España)  
Correo-e: [carthaginensia@itmfranciscano.org](mailto:carthaginensia@itmfranciscano.org)

## **Staff técnico / Technical Staff**

Juan Diego Ortín García (corrección de estilo), Domingo Martínez Quiles (gestión de intercambios), Diego Camacho Jiménez (envíos postales).

## **Consejo Editorial / Editorial Board**

Carmen Bernabé Ubieta (Universidad de Deusto, Bilbao, España), Mary Beth Ingham (Franciscan School of Theology, USA), Jorge Costadoat (Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile), Emmanuel Falque (Institut Catholique de Paris, France), Marta María Garre Garre (Instituto Teológico de Murcia, España), Cristina Inogés Sanz (Facultad de Teología SEUT Madrid, España), Ivan Macut (Universidad de Split, Croacia), Francisco Martínez Fresneda (Instituto Teológico de Murcia, España), Martín Gelabert Ballester (Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia, España), Gertraud Ladner (Institut für Systematische Theologie, Universität Innsbruck, Deutschland), Rafael Luciani (Boston College, Boston, Massachusetts, USA), Carmen Márquez Beunza (Universidad Pontificia Comillas, Madrid, España), Mary Melone (Pontificia Università Antonianu, Roma, Italia), Simona Paolini (Pontificia Università Antonianu, Roma, Italia), Pedro Riquelme Oliva (Instituto Teológico de Murcia, España), Thomas Ruster (Fakultät Humanwissenschaften und Theologie, Technische Universität Dormund, Deutschland), Teresa Toldy (Universidade Fernando Pessoa, Portugal), Manuel A. Serra Pérez (ISEN, Murcia, España), Jesús A. Valero Matas (Universidad de Valladolid, España), Olga Consuelo Vélez Caro (Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia), Antonina María Wozna (Asociación de Teólogos Españolas, Madrid, España).

## **Comité Científico / Scientific Committee**

Nancy. E. Bedford (Evangelical Theological Seminary, Evanston, USA); Jaime Laurence Bonilla Morales (Universidad San Buenaventura, Bogotá, Colombia); David B. Couturier (St. Bonaventure University, NY, USA); Mauricio Correa Casanova (Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile); Mary E. Hunt (Women's Alliance for Theology Ethics and Ritual, USA); Lisa Isherwood (University of Wonchester, UK); Francisco José García Lozano (Universidad Loyola, Granada, España); Hans Josef Klauck (Facultad de Teología, Universidad de Chicago, USA); Mary J. Rees (San Francisco Theological School, USA); Cristina Simonelli (Facoltà teologica dell'Italia Settentrionale, Milano, Italia); Susana Vilas Boas (Universidad Loyola, Granada, España).

## **Secretaría y Administración**

M. A. Escribano Arráez. Pl. Beato Andrés Hibernón, 3. E-30001 MURCIA.

La suscripción para 2024 es de 40 € para España y Portugal, y 60\$ para el extranjero, incluidos portes. El número suelto o atrasado vale 20 € o 30 \$. Artículos sueltos en PDF 3 € o \$ 5.

Any manuscripts and papers intended for publication in the magazine should be addressed to the Editor at the following address: Cl. Dr. Fleming, 1. E-30003 MURCIA. Single or back issues: 20 € or \$ 30. Single article in PDF 3 € or \$ 5.

## **Antiguos directores**

Fr. Francisco Víctor Sánchez Gil (+2019) 1985-1989. Fr. Francisco Martínez Fresneda, 1990-2016.

D.L.: MU-17/1986

Impresión: Compobell, S.L.

**EL LEGADO DE SÓCRATES  
LA FIDELIDAD AL PENSAMIENTO**

THE LEGACY OF SOCRATES  
FIDELITY TO THOUGHT

**JOSÉ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ**  
Instituto Teológico de Murcia OFM  
pepemarher@yahoo.es  
Orcid: 0000-0002-5017-2877

Recibido 5 de mayo de 2023 / Aceptado 29 de octubre de 2023

*Resumen:* La figura de Sócrates es el misterio filosófico más destacado de la filosofía occidental. Las valoraciones sobre él son múltiples y diversas, los eruditos tampoco se ponen de acuerdo, pero es innegable su importancia como mito creado por Platón en sus diálogos. En ellos Sócrates encarna la filosofía como modo de vivir y de morir, el examen de uno mismo como cuidado del alma, la crítica de los prejuicios y las creencias infundadas y, sobre todo, la fidelidad al pensamiento, es decir la idea de que una vida sin pensar no es de veras humana. Su ejemplo continúa hoy más vivo que nunca en un mundo que se caracteriza, entre otras cosas, por la voluntad de no pensar.

*Palabras clave:* Atopía; Ironía; Filosofía; Legado; Pensamiento; Muerte.

*Abstract:* The figure of Socrates is the most outstanding philosophical mystery in Western philosophy. The assessments of him are many and varied, and scholars do not agree on him either, but his importance as a myth created by Plato in his dialogues is undeniable. In them Socrates embodies philosophy as a way of living and dying, self-examination as the care of the soul, criticism of prejudices and unfounded beliefs and, above all, fidelity to thought, i.e. the idea that a life without thought is not really human. His example is more alive today than ever in a world characterised, among other things, by the will not to think.

*Keywords:* Atopia; Irony; Philosophy; Legacy; Thought; Death.

Sócrates es el misterio filosófico más importante de la cultura occidental y su influencia en la historia ha sido comparada con la de Jesucristo, Buda o Confucio<sup>1</sup>. Al igual que a estos, la incertidumbre, la controversia y la paradoja le acompañan desde su muerte hasta nuestros días. No escribió nada, pero fue el inspirador del diálogo socrático, el género literario y meditativo por excelencia de la Antigüedad. No se consideró maestro de nadie, pero su legado fue recogido por los seguidores más dispares y brillantes de su tiempo: Platón, Antístenes, Aristipo, Fedón de Elis o Euclides de Megara. Sócrates es para nosotros un misterio porque lo fue también, como dijo Cornford, para sus más directos discípulos, provocando entre ellos la típica querrela de los herederos. Platón se inspira en él y lo convierte en precursor del idealismo, pero lo mismo hace Euclides de Megara con el criticismo, Antístenes con el cinismo y Aristipo con el hedonismo, y todos creen ser fieles herederos del espíritu socrático. La historia de la filosofía posterior nos lo ha representado de todas las formas posibles y contrarias: metafísico y escéptico, racionalista y místico, individualista y comunitarista, utilitarista e idealista ético, especulativo y práctico. Tal vez el más intuitivo y acertado de sus discípulos fue Alcibiades cuando hace en el *Banquete* platónico a quienes a diario le seguían y trataban la siguiente advertencia: “Sabed bien que ninguno de vosotros le conoce”. Ese desconocimiento todavía hoy nos inquieta y nos persigue como una sombra.

Sabemos que Sócrates no pretendía enseñar nada, pero se ha convertido, como dijo W. Jaeger, en el “fenómeno pedagógico más formidable de la Historia de Occidente”. No construyó ningún sistema filosófico, pero la bibliografía socrática recogida por Andreas Patzer contiene más de trescientas páginas; es, en gran medida, un apócrifo de Platón, pero durante toda la Edad Media éste fue considerado como un simple escriba de Sócrates, quien pasaba por ser el único y verdadero autor oral de los diálogos platónicos.

En cuanto a las valoraciones históricas que se han hecho sobre él, por nombrar sólo algunas, no pueden ser más variadas y controvertidas: Platón lo idealiza, Aristófanes lo satiriza, Catón el Viejo lo considera un charlatán griego, que murió hablando y murió por hablar, Cicerón lo tacha de torpe orador y Séneca se obsesionó con su muerte y dice que fue la cicuta lo que le hizo grande. Entre los cristianos, Justino Mártir lo juzga como un hombre ejemplar, Tertuliano lo menosprecia y rechaza cualquier comparación entre Sócrates y Jesús, Agustín de Hipona lo califica como “idólata pagano” y

---

<sup>1</sup> Este es el texto de la conferencia pronunciada por su autor el martes, 14 de febrero de 2023, dentro de la XXª Semana de Filosofía de la Región de Murcia.

Dante lo coloca en el limbo junto a Platón. En el Renacimiento, Marsilio Ficino compara su muerte con la de Jesucristo, resaltando sus semejanzas de forma positiva, y Erasmo de Rotterdam lo santifica (“Sancte Socrates, ora pro nobis!”). Entre los ilustrados, que proyectan sobre Sócrates su idea del *philosophe*, Diderot admira su integridad y autenticidad, su racionalidad heroica en cualquier circunstancia, incluida la muerte, Voltaire afirma que esa muerte fue la apoteosis de la filosofía, pero lo considera un sabio tonto que se dejó matar, Rousseau lo admira con suma moderación, pues su opinión es ambivalente y advierte en él luces y sombras, Hegel lo define como un héroe ético y trágico y Kierkegaard como el maestro ético de la ironía, Nietzsche tiene con él una relación de amor-odio y ve en su figura la muerte de la tragedia, y Shelley lo nombra como el “Jesucristo de Grecia”. En el siglo pasado, aumenta el interés filológico e histórico por él y disminuye el filosófico y en los últimos cuarenta años nuestro filósofo merece el interés de P. Hadot y M. Foucault como maestro del cuidado de sí. Aunque también lo toman como fuente de inspiración banalizada los fundadores de la Sociedad de la Cicuta, defensores de la eutanasia, los autores de libros de autoayuda y los participantes en los llamados “cafés filosóficos”. En fin, no sigamos, el menú de las valoraciones de Sócrates está de sobra servido y cada cual puede escoger el plato que más le guste. Juan de Mairena, el Sócrates andaluz machadiano y apócrifo, eligió la ironía y la gracia para referirse a su ancestro ateniense: “Sabido es que Mairena sostuvo, alguna vez, que el dicho socrático «sólo sé que no sé nada» contenía la jactancia de un excesivo saber, puesto que olvidó añadir: *Y aun de esto mismo no estoy completamente seguro*”<sup>2</sup>

Por otro lado, si nos ocupamos de la cuestión de las fuentes que poseemos sobre Sócrates<sup>3</sup> y de su fiabilidad —las principales son, como es sabido, Platón y Jenofonte y, en menor medida, Aristófanes y Aristóteles—, el asunto se complica todavía más, pues los historiadores, filólogos y eruditos andan a la greña y tampoco se ponen de acuerdo sobre el personaje. Hasta comienzos del siglo XIX las fuentes mencionadas fueron usadas de modo indiscriminado, sin valorarlas con criterios filológicos e históricos, y tomando elementos mezclados, tanto de Platón como de Jenofonte, incluso

<sup>2</sup> A. Machado, *Juan de Mairena*, tomo II, Cátedra, págs. 117-118.

<sup>3</sup> Un estudio muy útil y detallado sobre esta cuestión puede encontrarse en V. de Magalhães-Vilhena, *Le problème de Socrate: le Socrate historique et le Socrate de Platon*, P.U.F. Paris 1952 y *Socrate et la légende platonicienne*, Presses Universitaires de France, Paris 1952.

de Diógenes Laercio, para elaborar una imagen sincrética de Sócrates. Fue Schleiermacher quien levantó la pieza y eliminó la veda sobre él con su libro *Über den Wert des Sokrates als Philosoph* publicado en 1815, llamando la atención sobre la necesidad de valorar de manera crítica a Jenofonte y a Platón como testigos del Sócrates histórico. A partir de aquí se empieza a disparar sobre el problema desde las posiciones más diversas y encontradas. Unos privilegian a Jenofonte en detrimento de Platón (Brucker, Hegel, el propio Schleiermacher, Grote, Labriola, Boutroux, Döring), otros prefieren a Platón y atacan a Jenofonte (Wilamowitz, Croiset, Robin, Singer, Friedländer, Hildebrant y, sobre todo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, la llamada escuela escocesa con Taylor y Burnet como nombres más destacables), y entre unos y otros están los autores que adoptan posturas eclécticas (Tovar y Meier). Tampoco faltan quienes terciaban en la discusión apostando por el testimonio de Aristóteles como el más imparcial, equilibrado y objetivo (Trendelenburg, Gomperz y Joël). Pero no acaba aquí la polémica, pues, desmintiendo a todos los anteriores, algunos estudiosos (Winspear y Silverberg) defienden la existencia de un Sócrates “auténtico”, humano y real, que ninguna de las fuentes clásicas reproduce con fidelidad y exactitud. Hay, además, francotiradores que van por libre y niegan la existencia del Sócrates histórico (E. Dupréel) o los que, aún reconociendo su existencia real, niegan que podamos decir algo acerca de ella, haciendo de Sócrates un perfecto desconocido (O. Gigon). En definitiva, como puede apreciarse, aunque sólo sea mediante este apretado resumen, también entre los eruditos y especialistas hay opiniones para todos los gustos y tendremos que concluir como P. Friedländer cuando afirma que el nombre de Sócrates significa para nosotros una “letzte Unerkennbarkeit”, una “desesperante incógnita”, o dicho en palabras de K. Joël: “Wir wissen, dass wir nichts wissen”, es decir, lo único que sabemos es que nada sabemos. Eso mismo piensa G. Steiner:

No menos que la búsqueda del «Jesús histórico», la del Sócrates «real» sigue sin ser concluyente, posiblemente artificiosa. No sabemos, no podemos saber con ninguna seguridad cómo era el Sócrates de carne y hueso ni qué enseñaba.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> G. Steiner, *La poesía del pensamiento. Del helenismo a Celan*, ediciones Siruela, Madrid 2012, pág. 58.

Turbio está el denominado “caso Sócrates”, como si se tratase de una investigación policial no resuelta, pero, mantengamos la calma, no nos pongamos radicales y exaltados como solemos hacer los integrantes del gremio filosófico cuando nos asaltan las dudas y las dificultades. Es verdad que nada sabemos sobre Sócrates a ciencia cierta y que también la erudición sobre él nos provoca un mareo agotador y nos introduce en un laberinto sin salida, pero no es menos verdadero que, a pesar de la falta de certezas, Sócrates representa para todos los amantes y profesionales de la filosofía la idea del filósofo, el pensador ideal y originario. Es decir, encarna el arquetipo, el modelo y el mito filosófico por excelencia, un mito creado y transmitido por Platón en sus diálogos, sobre todo en la *Apología*, el *Critón* y el *Fedón*, las tres obras donde más clara y viva se puede intuir su voz. Como afirma Ivon Belaval:

Para nosotros, el verdadero Sócrates no es el del erudito, sino el creado por Platón. ¿Creado? Entiéndase bien: transpuesto al nivel del lenguaje universal por uno de los más grandes artistas del lenguaje que hayan existido jamás. El verdadero Sócrates no es el hombre de carne y hueso que discutía en el ágora; es ese «personaje» vivo, cambiante, secreto, público, familiar, sublime, socarrón, recto, disputador, honrado, burlón, tierno, irritante, apasionante, sofista, filósofo, pero siempre dueño de sí y maravillosamente inteligente.<sup>5</sup>

A pesar de la controversia sobre el personaje, el mito de Sócrates recorre la historia de la filosofía de parte a parte y, como todos los grandes mitos, es eterno, posee una fecundidad inagotable y es objeto de una hermenéutica infinita. Razón tiene Crombie cuando afirma “no importa si un ateniense llamado Sofronisco tuvo alguna vez un hijo llamado Sócrates, como tampoco importa si Dinamarca ha tenido alguna vez un príncipe llamado Hamlet.” Así es, lo que importa es lo que el mito socrático significa para cada uno de los que sentimos la vocación filosófica, porque constituye una fuente permanente de inspiración, es un espejo donde mirarnos que no pierde el azogue y encarna el espíritu inmortal de la filosofía.

Hasta el día de hoy se sigue cumpliendo, como una inquietante profecía, la descripción de nuestro hombre en el *Teeteto*: “dicen que soy totalmente desconcertante (*atopos*) y no creo más que perplejidad (*aporia*)”. Razón tiene de sobra, pero yo no he venido aquí a dejaros desconcertados y perplejos ante Sócrates, o a alardear de una erudición sobre él que no tengo, ni siquie-

---

<sup>5</sup> I. Belaval, “Sócrates”, en *Historia de la Filosofía*, siglo XXI, México 1985, vol. 2, pág. 49.

ra a daros una conferencia o una opinión, sino a haceros una confesión: la admiración e interrogación por su persona y su pensamiento me acompañan desde hace cincuenta años y es la fuente principal de mi vocación filosófica. Y lo es desde que en clase de Griego y de Filosofía de mi antiguo y añorado Bachillerato en el Instituto “Francisco Salzillo” de Alcantarilla traducíamos y leíamos la célebre *Apología* de Platón hasta el día de hoy que me encuentro ante vosotros. Tan es así, que la tónica e inevitable pregunta de nuestro gremio sobre qué es la filosofía equivale a mi entender a estas otras: ¿quién fue Sócrates? ¿Cuál es su legado? Y creo, además, que así como cada maestrillo tiene su librito, cada profesional o vocacional de la filosofía, entre los que me incluyo, debería tener su Sócrates.

Pero vayamos por partes, antes de hablaros de mi Sócrates, empecemos por recordar quién fue para los que le conocieron de cerca y sufrieron el impacto de su enigmática y poderosa personalidad. El sentimiento confuso que suscitó en sus amigos en vida y, sobre todo, después de su injusta muerte, puede resumirse en dos palabras: admiración y perplejidad. Sócrates es para ellos una paradoja viviente, hombre cercano y, a la vez, lejano, corriente y excepcional, espíritu filosófico hecho carne, sileno que esconde figuras de dioses en su interior, sátiro que fascina con sus palabras a quien se deja prender por ellas, que paraliza como un pez torpedo a quien atiende sus preguntas, que exhorta y refuta la reflexión ajena y examina el vivir cotidiano para iluminarlo y hacerlo acorde con el pensamiento, incordiando como un molesto tábano a todos aquellos con los que se encuentra, héroe moral que, como Aquiles, prefiere la muerte al deshonor. La medida de esa admiración perpleja hacia su persona, no exenta de vergüenza e incomodidad, nos la dan las palabras de su amigo Alcibiades cuando realiza el famoso elogio de Sócrates al final del *Banquete*:

Y tan solo ante este hombre he experimentado algo que no se creería que puede haber en mí: el sentir vergüenza ante alguien. El caso es que yo la siento únicamente en su presencia, pues estoy consciente de que no puedo negarle que no se debe hacer lo que él ordena...; pero que una vez que me voy de su lado, sucumbo a los honores que me tributa la muchedumbre. Huyó, pues, de él como un esclavo fugitivo, y le soslayo y siempre que le veo siento vergüenza de las cosas que le reconocí. Muchas veces me gustaría no verle entre los hombres; pero si esto ocurriera, bien sé que mi pesar sería mucho mayor, de suerte que no sé qué hacer con este hombre.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Platón, *Banquete*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid 1974, págs. 592-593.



Tampoco nosotros, después de tantos siglos, sabemos qué hacer con este hombre singular y extraordinario. Sócrates es *atopós*, extraño e inclasificable, fascinante e incómodo, sereno y perturbador. Su *atopía* es múltiple y provocadora, porque atañe a su uso del lenguaje y a su modo singular de entender la ética, la política, el conocimiento o la religión. No es posible definirlo con claridad y hablar de él sin rodeos, es necesario recurrir a las metáforas y a los símiles, como hacen el propio Alcibíades, llamándolo sileno o sátiro, y Menón, llamándolo pez torpedo; o como hace el mismo Sócrates para explicar su misión describiéndose como comadrón, tábano o Aquiles. Esa misión tiene un origen divino, es mandato recibido del dios Apolo, pero tiene un fin civil y mundano, consiste en cuidar de la ciudad de Atenas como ciudadano entre ciudadanos, poniendo por encima de cualquier otra preocupación algo nuevo en aquellos tiempos, la *epiméleia psychés*, el cuidado individual del alma para buscar la propia excelencia. La obediencia a lo divino y el cuidado de lo humano conviven en Sócrates en armonía, denunciando, así, una doble superstición; por un lado, la de quienes todo lo fían al poder de los dioses y dejan de hacer lo que está en manos de los humanos, llevados por la indolencia, y, por otro, la de quienes confían ciegamente en el poder de los humanos, llevados por la soberbia, y olvidan que hay cosas que sólo los dioses tienen en su poder. En su actividad como ciudadano Sócrates no pretende influir sobre los poderosos a modo de consejero o mandarín, pero tampoco obedecer a ciegas cual esclavo sin alma. Sólo escucha y obedece la voz de su *daimon* interior, que le conmina a actuar en privado y no en público, tratando a los individuos de uno en uno, haciendo de la reforma ética del ser humano la condición necesaria para la transformación de la *polis*, una voz que le aparta de la política, como dice en la *Apología*:

Ese ser me acompaña desde niño, se revela como una voz y, cuando se expresa, es siempre para disuadirme de alguna cosa y nunca para incitarme a hacer algo. Esto es lo que me impide participar en la vida política, y creo que su oposición resulta muy acertada. Porque convenceos, atenienses, de que si hubiese intervenido en los asuntos de la ciudad, hace mucho que estaría muerto, con lo que no os hubiese servido de utilidad ni a vosotros ni a mi mismo.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Platón, *Apología de Sócrates*, Espasa-Calpe, colección Austral, Barcelona 2020, pág. 86.

La misión de nuestro filósofo introduce en la ciudad de Atenas algo radicalmente nuevo e inquietante: el pensamiento como juicio crítico insobornable. Como dijo Cicerón en sus *Disputaciones tusculanas*, Sócrates hace descender la filosofía del cielo, la rescata de sus preocupaciones cosmológicas y la implanta entre los hombres, la coloca en las ciudades, la introduce en las casas y la obliga a examinar la vida, a analizar la conducta humana y la diferencia entre el bien y el mal, haciendo una pregunta inaudita hasta entonces: ¿cómo hay que vivir? Con esa pregunta extraña, tan sencilla como compleja, rechaza la posibilidad de un saber teórico y especulativo ajeno al vivir de cada día, pero también rechaza la miopía ramplona del individuo práctico y acéfalo que se resiste a introducir la reflexión en su vida cotidiana y vive sonámbulo y afanado en ambiciones mundanas. Pensar y estar despierto de veras, vigilando el sueño de la vida e iluminando el propio camino, son para Sócrates lo mismo. Su obra, encomendada por el dios Apolo, consiste en hacer un lugar en la ciudad para el pensamiento, en abrir un espacio inédito para la filosofía situándola en el corazón de la *polis* y en el pulso diario de su existencia. Pero ese lugar no está acotado y definido de manera institucional, no es un lugar señalado, es un no-lugar, un espacio espiritual, porque el pensar socrático es un corazón que quiere latir entre todos los miembros del cuerpo civil, una conversación que examina e interroga a todos los grupos sociales y que pretende crear la comunidad de los ciudadanos basada en la fidelidad al pensamiento y en el cuidado de sí. Por eso dialoga con todo el mundo y en todas partes: con ricos y pobres, jóvenes y viejos, nobles y artesanos, atenienses y extranjeros, políticos y poetas, con los que se encuentra en las palestras, en el ágora, los pórticos, los gimnasios o los talleres de los artesanos, diciéndoles: “Amigo mío, ¿cómo es que siendo de Atenas, la ciudad mayor y más famosa por su poder y su sabiduría, no te avergüenzas de no pensar sino en acumular riquezas, gloria y honores, sin preocuparte lo más mínimo de la sabiduría, de la verdad, ni de perfeccionar tu alma”.<sup>8</sup>

Aristóteles afirma en su *Metafísica* que Sócrates fue el primero en dialogar con la gente corriente interesándose por sus opiniones. Sin embargo, en ese diálogo no se presenta como un maestro — “no he sido maestro de nadie” dice en la *Apología* —, porque no tiene discípulos, sino amigos y vecinos, es decir, conciudadanos. No es un refinado y sofisticado retórico, sino que conversa y dialoga en un lenguaje coloquial y popular. Utiliza constantes comparaciones y símiles, fábulas, anécdotas y mitos. Nunca especula en el vacío, siempre piensa sobre circunstancias concretas y tiene los pies pues-

---

<sup>8</sup> *Ibidem*, pág. 84.

tos en el suelo. Su reflexión crítica sobre la realidad es, al mismo tiempo, una indagación sobre los conceptos y las palabras, una investigación sobre el significado de la piedad, lo bello, lo feo, lo bueno, lo malo, lo justo, lo injusto, la templanza, la locura, la valentía, la cobardía, etc. En definitiva, su obrar es una interrogación constante y recurrente sobre los universales del pensamiento y sobre el sentido de lo real, con la convicción de que lo que importa no es sólo vivir, sino vivir bien, con lucidez y dignidad, en un continuo examen de si mismo y examen del lenguaje. Pretende que tengamos *enkrateia*, es decir, que seamos dueños de nuestras palabras y nuestros actos, que sepamos de veras lo que decimos y lo que hacemos, porque en eso, que parece tan fácil y es tan difícil, consiste la filosofía. La pregunta fundamental de Sócrates es la misma que hace sin cesar la Alicia de Lewis Carroll: ¿en qué sentido?, ¿en qué sentido? ¿en qué sentido?... Sócrates busca lo más humano en lo humano y lo más peculiar y propio del ser humano es que tiene hambre de sentido y la ausencia de éste, lo sepa o no, la vive como una insoportable indignancia. Sócrates es el filósofo sin filosofía, el pensador en estado puro, ágrafo, excéntrico, punzante e irónico, amante de los enigmas, que no tiene ninguna verdad que ofrecer ni nada que enseñar, porque el sentido de lo que hacía estaba ya en su propia actividad interrogadora. La filosofía es para él un hacer ante los demás y entre ellos, un mandato divino y un servicio público, en el que importa ante todo la coherencia entre lo que se piensa y lo que se hace con independencia de las circunstancias, aunque éstas sean las más terribles. Así, por ejemplo, se lo manifiesta a Critón en el diálogo del mismo nombre:

¿Ha estado siempre bien dicho que debemos tomar en consideración ciertas opiniones y otras no, o no lo ha estado? ¿Tal vez estaba bien dicho antes que yo me viese en trance de muerte, y ahora, contrariamente, se ha visto del todo claro que eran vanas palabras, hablar por hablar, especie de infantil pasatiempo y frívola cháchara.<sup>9</sup>

El pensamiento no es para Sócrates una logorrea de intelectual pagado de si o un bla, bla, bla de todólogo profesional. Tampoco una erudita e inane disertación o un juego floral de vanidades sofistas, sino un diálogo vivo, erótico y amistoso practicado con absoluta radicalidad y veracidad, tan implacable para la conducta ajena como para la suya propia. Filósofo *amateur*

---

<sup>9</sup> Platón, *Critón*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid 1974, pág. 226.

en el mejor sentido de la palabra, experto solamente en la búsqueda y el anhelo, en el amor (*eros*) y la amistad (*philia*), dice de sí en el *Lisis* platónico: “En todo lo demás soy mediocre y carezco de cualidades; pero es en mí una especie de don de los dioses el saber reconocer al primer golpe de vista a aquel que ama o que es amado.”<sup>10</sup> Según el *Teeteto*, Sócrates no engendra el conocimiento, hace que el otro lo engendre por sí mismo y establece el valor de lo engendrado, su mayéutica no ofrece dogmas ni establece doctrinas, promueve la búsqueda de lo verdadero, pero no enseña ninguna verdad. Su pureza como pensador es extravagante y extraña, atípica y atópica, carece de norma fija y de lugar seguro, no proporciona refugio, sino que derriba los refugios y las certezas, y se sitúa en la intemperie y la desnudez del pensar sin huir o resguardarse de ellas, como afirma Heidegger:

Sócrates en toda su vida, y hasta en su muerte, no hizo otra cosa que ubicarse en la corriente de este reflujo (el pensamiento) y mantenerse allí. Por esto es el más puro pensador de Occidente. Por esto no escribió nada. Porque quien partiendo del pensar comienza a escribir, se parece ineludiblemente a un hombre que se refugia, para resguardarse de una corriente demasiado fuerte. Por ahora sigue siendo el secreto de una historia todavía arcana el que todos los pensadores de Occidente después de Sócrates hubiesen de ser, sin desmedro de su grandeza, tales fugitivos. El pensar ingresó en la literatura.<sup>11</sup>

Detengámonos un momento y reflexionemos sobre estas palabras de Heidegger, porque merecen nuestra atención. ¿En qué consiste esa pureza de Sócrates más allá de la apuesta por la oralidad y la renuncia a la escritura? ¿Qué implica ese rechazo del carácter literal y literario del pensamiento? Entro ahora, con estas dos preguntas, en *mi* Sócrates, en la parte más personal de mi interpretación del mito socrático. Creo que Heidegger, perdón por el atrevimiento, no ahonda lo suficiente en las razones de esa actitud socrática, que supone una concepción originaria y revolucionaria del pensamiento. La pureza, es decir, la inocencia y la valentía de Sócrates, no consiste simplemente en no escribir y permanecer fiel al diálogo cara a cara, sino que es más radical y profunda, estriba en su renuncia a fundar el pensamiento, a situarlo en un espacio y un tiempo acotados, y separarlo, así, de la vida cotidiana. Confió en la fuerza y el valor del pensar por sí mismo, no lo encerró en ninguna institución ni le puso puertas y muros alrededor,

<sup>10</sup> Platón, *Lisis*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid 1974, pág. 311.

<sup>11</sup> M. Heidegger, *¿Qué significa pensar?*, Editorial Nova, Buenos Aires 1978, pág. 22.

no señaló a ningún amigo o discípulo como sucesor, no dejó ningún legado material, pues su testamento es espiritual, y eligió la vida corriente y la libertad callejera como atmósfera perfecta para meditar de un modo tan presente como intemporal, en una conversación infinita. Dice Plutarco en su obra *Si la política es asunto de los ancianos*:

Sócrates no hacía disponer gradas para los auditores, no se sentaba en una cátedra profesoral; no tenía horario fijo para discutir o pasearse con sus discípulos. Pero a veces, bromeando con ellos o bebiendo o yendo a la guerra o al Agora con ellos, y por último yendo a la prisión y bebiendo el veneno, filosofó. Fue el primero en mostrar que, en todo tiempo y en todo lugar, en todo lo que nos sucede y en todo lo que hacemos, la vida cotidiana da la posibilidad de filosofar.<sup>12</sup>

Para Sócrates la misión del pensamiento no consistía en fundar verdades, ni establecer certezas, sino en permanecer en la incertidumbre y examinar y criticar lo fundado: las leyes, las costumbres, las creencias y los principios establecidos por la inercia de la tradición y la ausencia de reflexión. Sócrates perseguía, según nuestra María Zambrano, el “irrenunciable afán de encontrar el *logos* de lo diario y cotidiano. El *logos* de la conversación callejera, de la vida vulgar y sin coturno.”<sup>13</sup> Pero después de Sócrates la filosofía, traumatizada por su injusta muerte, se retiró del ágora de Atenas y se refugió, extramuros de la ciudad, en los jardines de Academo. El pensar, gracias a Platón, no sólo ingresó en la literatura, sino también en la Academia, en la política, en la lucha por el poder y en la tentación mandarinesca. Se puso a la defensiva y se institucionalizó, se hizo más arquitectónico que poético, más ambicioso y soberbio que desnudo y pobre, se calzó el coturno y dejó de andar descalzo, dejó de ser mundano y se convirtió en académico y profesional. La pureza de Socrates al renunciar a fundar sabía bien lo que Sánchez Ferlosio ha advertido veinticinco siglos después:

Las Cosas que fundan los humanos suelen generar un impulso de perduración al margen de sus fines y al cabo contra ellos. No sólo cosas como Estado, Iglesia, Ejército, sino incluso institutos de cuya índole benéfica nadie dudaría, como asociaciones de donantes de sangre. Así lo mal funda-

---

<sup>12</sup> Citado en P. Hadot, *Qué es la filosofía antigua*, F.C.E., México 1998, pág. 51.

<sup>13</sup> María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Editorial Planeta DeAgostini, Barcelona 2011, pág. 67.

do se extingue al día siguiente, porque todos los fines son de corto aliento, mientras que lo bien fundado dura, porque los medios son siempre robustos, pero indefectiblemente se vacía y se pervierte. El achaque esencial del *homo faber* es ser profesional, de manera que siempre hace prevalecer el órgano —los medios— sobre la función —los fines—. Visto, pues, que el impulso de toda fundación es perdurar, quienes no quieran la perduración, sino los fines, renuncien a fundar.<sup>14</sup>

Sócrates no quiso fundar el pensamiento en otra cosa que no fuera la vida, con su palpito inasible e incierto, pero Platón no renunció a fundarlo, sino que pretendió imaginar y construir la ciudad en la que Sócrates no fuera condenado cual traidor y enemigo, sino escuchado y tratado como amigo benefactor. ¿Quiere esto decir que Sócrates fue traicionado por Platón? No, ni mucho menos, lo que hizo el genial Platón fue continuar la obra de Sócrates por otros medios, y sufrir, por ello, la ambigüedad inherente a todos los actos humanos, porque impone el destino que la ambigüedad y la paradoja nos persigan y se instalen en el corazón de todo lo que hacemos. Platón creó el mito de Sócrates y, a la vez, fundó su legado siendo muy consciente de lo que hacía, la prueba la tenemos en la *Carta VII* y en el *Fedro*, cuando reflexiona de manera crítica sobre las luces y las sombras de la escritura.

¿Y cuál es ese legado? Ese legado es la fidelidad al pensamiento en cualquier circunstancia, es la convicción de que una vida sin investigación y autoexamen, sin cuidado del alma, sin practicar ese estado de presencia ausente tan bien representado en *El pensador* de Rodin, no merece la pena de ser vivida por el ser humano. ¿Y qué implica la fidelidad y la confianza socrática en el pensamiento? Vayamos por partes y sin perder el compás.

En primer lugar, implica la convicción de que el pensamiento, como ya he dicho, sólo puede estar fundado en la propia vida y es una actividad paradójica que consiste en fundar la vida en el pensamiento y el pensamiento en la vida, en sentirlos unidos y más juntos que una lágrima, deshaciendo el falso dilema que separa el vivir del filosofar. Ni primero vivir y después filosofar, ni filosofar primero y después vivir, sino vivir y filosofar al mismo tiempo, en un doble menester que enriquece de manera recíproca ambas cosas.

En segundo lugar, esa fidelidad supone que el pensamiento sólo puede respirar y ser libre si se recrea en la tensión permanente entre saber y no saber, en una lúcida y vigilante incertidumbre y una docta ignorancia, manteniendo su capacidad de formular más preguntas que respuestas, y sabiendo que la

<sup>14</sup> R. Sánchez Ferlosio, “Instituciones”, *El País* 12-XI-1994.

verdad es un mar de hierba que se mueve al viento, porque quiere que la sintamos como movimiento y que la respiremos como aire. Ya lo dijo don Antonio Machado en su magnífico *Poema de un día*: “no hay cimiento/ ni en el alma ni en el viento”. Dicho de otro modo, el pensamiento es problemático, no apodíctico. Pensar es habitar con coraje en ese vértigo que produce el verdadero deseo de conocimiento, alimentando un anhelo que nunca se da por cumplido.

En tercer lugar, la fidelidad al pensamiento conlleva la lucha contra el principio de realidad suficiente, que, cayendo en el fetichismo de lo real, toma la realidad como algo natural y objetivo, ajeno a la actividad pensante del ser humano, y pretende establecer la necesidad de las cosas tal y como son en sí mismas, negando la idea de posibilidad y de alteridad. Dicho principio se basa en un pensar cerrado y concluyente, que se alimenta de supuestas certezas y evidencias sobre cómo hay que vivir. Contra esa tentación ya nos avisó el Juan de Mairena machadiano, proponiendo una pensar inconcluso, libre y abierto sobre la vida humana: “no habéis de tomar muy en serio las conclusiones de los filósofos que suelen ser falsas y, por supuesto, nada concluyentes, sino sus comienzos y visiones, éstas sobre todo, que apenas si hay filósofo que no las tenga”<sup>15</sup>

La clave de Sócrates para la negación del fetichismo de lo real y del aparente saber concluyente basado en él, —un saber que disfraza de certeza la simple y arbitraria opinión—, está en la práctica de la ironía. La ironía socrática es desestabilizadora, es una toma de distancia y una puesta en cuestión de lo afirmado como incuestionable, evidente y real, es una impugnación del principio de realidad suficiente sostenido por la costumbre, el falso sentido común, la renuncia al pensamiento y la tradición momificada y mal entendida. La ironía, dice Kierkegaard, socava lo real y lo disuelve con la fuerza de la negación:

*toda la existencia se ha vuelto extraña para el sujeto irónico, y éste a su vez extraño a la existencia, y, habiendo la realidad perdido para él su validez, se ha vuelto él mismo en cierta medida irreal. El término «realidad» debe ser tomado aquí, sin embargo, ante todo en el sentido de la realidad histórica, es decir, la realidad dada en un cierto tiempo y bajo ciertas circunstancias.*<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Antonio Machado, *Juan de Mairena*, Cátedra, Madrid 2006, volumen II, págs. 96-97.

<sup>16</sup> S. Kierkegaard, *Sobre el concepto de ironía en constante referencia a Sócrates*, en *Escritos de Soren Kierkegaard*, Trotta, Madrid 2000, volumen 1, pág. 285.

El ejercicio de la ironía es una clave fundamental de la atopía y la pureza socráticas, es, a la vez, la prueba fehaciente de su fidelidad al pensamiento y la razón última de su extrañeza y extravagancia con relación al orden establecido en la ciudad. Esa fidelidad de Sócrates al pensamiento es negación de lo real y afirmación de lo posible, negación de la ciudad real y afirmación de la ciudad posible. En este sentido, sólo en este sentido, Sócrates es, sin asomo de contradicción, fiel al pensamiento y fiel a la ciudad, obedece al dios y atiende o cuida de la comunidad. Sin embargo, Sócrates *es situado* en la contradicción por los enemigos del pensamiento y defensores de lo real, es acusado de impiedad y de corromper a los jóvenes por los valedores de la ciudad real, por los apologistas de la fuerza de los hechos y de la facticidad. Todos los argumentos de Anito, Meleto y Licón utilizados en la *Apología* contra Sócrates podrían resumirse, simplificando, en uno solo: *los hechos son los hechos, las cosas son como siempre han sido y serán y Sócrates, que todo lo cuestiona, es un enemigo público y merece morir*. Es el argumento preferido de los cazurros estúpidos. Contra ellos, Sócrates esgrime su firme fidelidad al pensamiento y su desafiante orgullo: “mientras tenga vida y pueda, no dejaré de filosofar” y “no, atenienses, no encontraréis a otro como yo, y si me hacéis caso y miráis por vosotros, me dejaréis vivir.”

En cuarto y último lugar, la pureza de Sócrates y su fidelidad al pensamiento no estriba sólo en su forma de vivir, sino también en su forma de morir, narrada con todo detalle en el *Fedón* platónico, el libro griego de la muerte. Así lo destaca Montaigne, otro de sus grandes admiradores:

En mi opinión, nada es más insigne en la vida de Sócrates que el hecho de haber tenido treinta días enteros para reflexionar sobre su condena a muerte, el haberla asimilado durante todo este tiempo con una expectativa totalmente segura, sin emoción, sin alterarse, y con un tenor en sus acciones y en sus palabras más bien bajo y relajado, y en absoluto tenso o exaltado por el peso de esta reflexión.<sup>17</sup>

El *Fedón* es la obra que nos plantea la situación filosófica más auténtica y extrema, la de alguien que va a morir y reflexiona sobre la muerte y la inmortalidad del alma. Gracias a este espléndido diálogo la muerte de Sócrates se ha convertido en el prototipo de la muerte del filósofo, en el sumo ejemplo de la bella y buena muerte, —serena, con pleno dominio de sí, meditando

---

<sup>17</sup> Citado en E. WILSON.: *La muerte de Sócrates. Héroe, villano, charlatán, santo*, Biblioteca Buridán, págs. 136-137.



hasta el final en compañía de sus amigos—, y es el contrapunto radical de la muerte trágica. Pero es también el último capítulo de una vida llena de coraje, porque durante toda su existencia Sócrates vivió peligrosamente, pensó a tumba abierta, de manera consciente y cabal, sabiendo que en ese empeño se jugaba la vida:

No os enfadéis conmigo porque diga la verdad: pero nadie puede salir con vida si se opone noblemente a vosotros o a cualquier otro pueblo para tratar de impedir que se cometan en la ciudad muchas injusticias e ilegalidades. Por el contrario, si el que lucha por la justicia ha de mantenerse en vida cierto tiempo, es preciso que se dedique a sus asuntos privados y que no intervenga en los asuntos públicos<sup>18</sup>

La muerte de Sócrates es el último testimonio libre de su fidelidad al pensamiento y, perdonadme la inmodestia, así es como creo que debe ser interpretada frente a Hegel o Nietzsche. La confrontación entre Sócrates y sus acusadores no es, como entendió Hegel, el conflicto trágico entre dos razones parciales, la del individuo y la del Estado, que quieren hacer valer sus derechos con idéntica justicia, sino el enfrentamiento entre dos fuerzas heterogéneas e incompatibles por su cualidad moral: la del pensamiento, que aspira a lo posible y a lo necesario inexistente, y la de la estupidez, que ejerce la abogacía de lo real y defiende la primacía del principio de realidad. La interpretación de Hegel, bajo la apariencia de aportar una comprensión más profunda, metafísica, ecuánime e imparcial del dilema planteado por la muerte de Sócrates, resulta ser a la postre un diplomático lavado de manos ante dicho problema. Fiel a su filosofía de la historia, mira a Sócrates beber la cicuta desde las alturas de ese espíritu absoluto, inhumano y desalmado que todo lo justifica, echa una piadosa e hipócrita lagrimita por él y concluye sin inmutarse: fue terrible, pero necesario. Frente a la impía neutralidad ontológica hegeliana, prefiero el consejo más piadoso y humano de Canetti: “es preciso juzgar a los hombres según acepten la historia o se avergüencen de ella.”

Creo que es preciso mirar la vida y la muerte de Sócrates desde una concepción individual y ética, encarnada, del espíritu, —el espíritu como afirmación humana de la libertad frente a la necesidad—, que se opone a la idea del espíritu absoluto pensado por Hegel. Desde esta perspectiva el final de Sócrates no es el cumplimiento de un destino inevitable y mucho menos un

---

<sup>18</sup> Platón, *Apología de Sócrates*, Espasa-Calpe, colección Austral, Barcelona 2020, pág. 87.

acto de justicia perpetrado a la defensiva por el pueblo ateniense. Tampoco un suicidio encubierto como afirma Nietzsche, inspirándose en Jenofonte, en *Crepúsculo de los ídolos* —“Sócrates quería morir; no Atenas, él fue quien se dio la copa de veneno, él forzó a Atenas a dársela”<sup>19</sup>—, sino una elección libre de Sócrates al verse colocado por las acusaciones contra él y por su condena a muerte ante el falso dilema de ser fiel al pensamiento o fiel a la ciudad. La muerte de Sócrates representa la tercera vía ante tal dilema, eligió el *tertium datur* y rechazó la lógica de sus acusadores, quebrantó la falsa necesidad implícita en esa lógica, asumió su muerte, una vez más, como afirmación de lo posible frente a lo real, como fidelidad al pensamiento y fidelidad a la ciudad sin contradicción. Lo genial de Sócrates es que no sucumbió a su destino, no murió arrastrado por la fuerza de una necesidad superior y cruel, por más que le pese a Hegel, sino que hizo de su muerte un acto libre e innecesario, una elección de la libertad frente a la supuesta fatalidad.

La lectura apresurada y superficial de la *Apología* o el *Critón* puede producir la falsa impresión de que nadie desea en el fondo que Sócrates muera, ni siquiera sus enemigos, excepto el propio Sócrates con su *megalegoría*, su soberbia y altivez, que se empecina en hacer de sí mismo la más desastrosa de las defensas, desafiando a sus acusadores y provocando con sus palabras las iras de jueces y conciudadanos, que se resiste con tozudez a las buenas intenciones de sus amigos, representados por Critón, que desean que se salve de la muerte. Es esta lectura superficial, que alcanza en Nietzsche su punto extremo en forma de análisis de psicólogo listillo y resabido, la que avala la tesis del suicidio encubierto, la que ve en Sócrates a un hombre decadente que, en realidad, no desea seguir viviendo y que, en su cobardía, prefiere poner fin a sus días por mano ajena. Nietzsche, tan penetrante y sutil en tantas otras ocasiones, cae en este caso en la burda confusión de identificar y hacer equivalentes dos hechos muy distintos, el no temer a la muerte y el deseo de morir. Y, con torpeza ejemplar, concluye: Sócrates, el gran racionalista, fue un suicida y un cobarde. Sin embargo, lo que se desprende de la *Apología* y el *Critón* es justo lo contrario, era valiente y quería vivir siendo él mismo, pues es más evidente que todo el mundo desea que Sócrates se salve a condición de que, de una u otra manera, no sea quien es, no siga siendo el molesto, irónico y zumbón tábano que ha sido siempre. La supuesta voluntad socrática de morir es, sin más, su firme voluntad de seguir viviendo como siempre ha vivido aún en riesgo de muerte: “hagáis caso o no a Anito, me dejéis o no en libertad, estad seguros de que no obraré de otro modo, aunque

<sup>19</sup> F. Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza Editorial, Madrid 1981, pág. 43.

hubiese de morir cien veces”.<sup>20</sup> Se puede decir más alto, pero no más claro. Y, para muestra de ello, un botón. Una antigua leyenda socrática, recogida por Diógenes Laercio, Cicerón y el historiador romano Valerio Máximo en sus *Hechos y dichos memorables*, cuenta que Lisias, un orador prestigioso, le ofreció a Sócrates un elegante, lastimero y suplicante discurso de defensa y éste lo rechazó porque a ese discurso le faltaba valor y coraje. Y apostilla Valerio: prefirió morir como Sócrates antes que sobrevivir como Lisias.<sup>21</sup>

Para ir concluyendo, os planteo y me planteo una pregunta final: ¿cuál es la vigencia del legado de Sócrates y de su fidelidad y confianza en el pensamiento?

Permitidme que haga aquí uso de la *parresía*, el viejo privilegio de los filósofos que les dejaba decir sin tapujos lo que de veras pensaban. Y perdonadme que me ponga estupendo como el Max Estrella de *Luces de bohemia*. Sinceramente, creo que vivimos en una época tan enemiga o más de Sócrates que la que él vivió, pues, a fin de cuentas, Sócrates, mi Sócrates, siempre será “peligroso” e intempestivo, y esa es la flor más fresca y viva de su legado. Mirad, la nuestra me parece una época tan banal y frívola como grave y trágica; es un tiempo en el que avanza imparable el desierto de lo real, que celebra la fiesta nihilista de la insignificancia, que vive flotando en la levedad líquida del ser y practica con descaro la idolatría del Éxito y de la Diversión como deidades supremas. Una época en la que reina Narciso con su individualismo posesivo y extremo, su post-verdad, su egotismo y su autofobia, fascinado con el mito de la eterna juventud y encantado de haberse conocido y de participar tan entusiasmado como alienado en la industria del entretenimiento. Es la época en la que todo es tan verdad como mentira, —el mundo como fábula en los medios de comunicación y la fábula como mundo en el metaverso—, de la mercantilización del conocimiento como una forma superior de barbarie e ignorancia, de la educación anti-humanista y pragmática, de la ausencia del significado e imperio retórico del signifiante. Es la época neosofista del uso perverso del lenguaje como publicidad y propaganda, del mercado de la cultura, de la muerte excluida y silenciada, del autismo tecnológico, del ecocidio irresponsable, etc., etc., etc. Una época, en fin, antifilosófica y enemiga del pensamiento, y, por ello, como ya he dicho, antisocrática, de la que Heidegger dijo: “lo grave de nuestra época es que no pensamos”. Pero nuestro presente, —perdón por el terrible atrevimiento de corregir a Heidegger por segunda vez en un mismo

---

<sup>20</sup> Platón, *Apología de Sócrates*, Espasa-Calpe, colección Austral, Barcelona 2020, pág.84.

<sup>21</sup> Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, editorial Gredos, Madrid 2003, libro VI, cap. 4, pág. 431.

texto—, merece un juicio aún más desconsolador. Lo grave de nuestra época no es que no pensemos, ni siquiera que no queramos pensar; lo grave y triste es que *queremos no pensar*. No hablo de una ausencia de pensamiento, sino de una omnipresencia y pujanza del no-pensamiento, como dice Milan Kundera: “el no-pensamiento designa una realidad, una fuerza; por eso puedo decir: el no-pensamiento que invade; el no-pensamiento de los tópicos; el no-pensamiento de los medios de comunicación; etc.”<sup>22</sup> *Non sapere aude*, es el triste lema antiilustrado que se nos propone con insolencia y poca vergüenza por doquier. Es decir, atrevete a no pensar ni saber; sé estúpido, idiota e infantil con todas las consecuencias, no te avergüences de tu imbecilidad, al contrario, presume de ella como síntoma de recia vitalidad, y proclámala con desparpajo a los cuatro vientos como una anhelada y gozosa liberación de las cadenas del intelecto. Parafraseando a Kant, la banalidad trágica en que vivimos es la reconciliación casi perfecta del ser humano con su culpable minoría de edad y el secreto de su imparable éxito está en alabar y premiar la estupidez, propagando la miserable satisfacción de sentirse, a la vez, estúpido, ejemplar e inocente. Por todo ello, la fidelidad de Sócrates al pensamiento, —su confianza en él y su arriesgado modo de vivir—, es hoy más inquietante, revolucionaria y necesaria que nunca. Hanna Arendt ilustra esta idea en una lúcida frase con la que quiero concluir mi confesión: “No hay pensamiento peligroso; lo peligroso es el pensamiento.”

## BIBLIOGRAFÍA

AGUILA, del, R., *Sócrates furioso. El pensador y la ciudad*, Anagrama, Barcelona 2004.

ARENDRT, H., *La vida del espíritu*, Centro de Estudios Constitucionales Madrid 1984.

ARISTÓFANES, *Las nubes*, Alianza Editorial, Madrid 1987.

ARXOTXA, J., “El fetichismo de la realidad. Una interpretación de Agustín García Calvo a través de Marx y Nietzsche”. *Revista Laguna*, nº 44, julio 2029, págs. 37-57.

BELAVAL, I.: “Sócrates”, en *Historia de la Filosofía*, siglo XXI, México 1985.

---

<sup>22</sup> Milan Kundera, *El arte de la novela*, Tusquets, Barcelona 1986, pág. 156.

- CANETTI, E., *La provincia del hombre*, Taurus, Madrid 1986.
- CORNFORD, F.M., *Antes y después de Sócrates*, Ariel, Barcelona 1981.
- DIÓGENES LAERCIO, *Vidas de los más ilustres filósofos griegos*, editorial Gredos, Madrid 1982.
- FESTUGIÈRE, A.J.: *Sócrates*, Editorial San Esteban, Salamanca 2006.
- GÓMEZ ROBLEDO, A., *Sócrates y el socratismo*, F.C.E. México 1994.
- HADOT, P., *¿Qué es la filosofía antigua?* F.C.E. México 1998.
- HEGEL, G.W.F., *Lecciones de Historia de la filosofía*, F.C.E. México 1977.
- HEIDEGGER, M., "El final de la filosofía y la tarea del pensar" en *Kierkegaard vivo*, Alianza Editorial, Madrid 1970.
- HEIDEGGER, M., *¿Qué significa pensar?*, Editorial Nova, Buenos Aires 1978.
- JAEGER, W., *Paideia*, F.C.E. México 1974.
- JASPERS, K., *Los grandes filósofos, (Los hombres decisivos: Sócrates, Buda, Confucio, Jesús)*, Tecnos, Madrid 1993.
- JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates*, Salvat Editores, Estella 1971.
- KIERKEGAARD, S., *Escritos de Soren Kierkegaard*, Vol- I, Trotta, Madrid 2000.
- KUNDERA, M., *El arte de la novela*, Tusquets, Barcelona 1986.
- LURI MEDRANO, G., *El proceso de Sócrates*, Trotta, Madrid 1998.
- LURI MEDRANO, G., *Guía para no entender a Sócrates. Reconstrucción de la atopía socrática*, Editorial Trotta, Madrid 2004.
- LURI MEDRANO, G., *¿Matar a Sócrates? El filósofo que desafía a la ciudad*, Ariel, Barcelona 2015.
- MACHADO, A., *Juan de Mairena*, Cátedra, volúmenes I y II, Madrid 2006.
- MAGALHÂES-VILHENA, V., *Le problème de Socrate: le Socrate historique et le Socrate de Platon*, P.U.F. París 1952.
- MAGALHÂES-VILHENA, V., *Socrate et la légende platonicienne*, Presses Universitaires de France, París 1952.
- MONDOLFO, R., *Sócrates*, Eudeba, Buenos Aires 1988.

- NIETZSCHE, F., *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza Editorial, Madrid 1981.
- NIETZSCHE, F., *El nacimiento de la tragedia*, Alianza Editorial, Madrid 1973.
- PATZER, A., *Bibliographia Socratica*, Alber, Friburgo-Munich 1985.
- PLATÓN, *Obras completas*, Aguilar, Madrid 1974.
- PLATÓN, *Apología de Sócrates, Critón y Carta VII*, Espasa-Calpe, colección Austral, Barcelona 2020.
- PLATÓN, *La defensa de Sócrates*, comentario filosófico y traducción española del texto de Platón a cargo de Miguel García-Baró, ediciones Sígueme, Salamanca 2005.
- ROBIN, L., *Introduction au "Banquet"*, Budé, Paris 1941.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *Palabras e ideas*, Ediciones clásicas, Madrid 1992.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *La democracia ateniense*, Alianza Editorial, Madrid 1975.
- ROSSET, C., *El principio de crueldad*, Pre-textos, Valencia 1994.
- SÁNCHEZ FERLOSIO, R., *Ensayos y artículos*, Destino, Barcelona 1992.
- STEINER, G., *La poesía del pensamiento. Del helenismo a Celan*, ediciones Siruela, Madrid 2012.
- TAYLOR, A. E., *Sócrates*, F.C.E. México 1961.
- TAYLOR, A. E., *El pensamiento de Sócrates*, F.C.E. México 1969.
- TOVAR, A., *Vida de Sócrates*, Alianza Editorial, Madrid 1986.
- VALERIO MÁXIMO, *Hechos y dichos memorables*, editorial Gredos, Madrid 2003.
- WATERFIELD, R., *La muerte de Sócrates*, Gredos, Madrid 2011.
- WILSON, E., *La muerte de Sócrates. Héroe, villano, charlatán, santo*, Biblioteca Buridán, Barcelona 2007.
- ZAMBRANO, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Editorial Planeta DeAgostini, Barcelona 2011.
- ZELLER, E., *Fundamentos de la filosofía griega*, Siglo Veinte, Buenos Aires 1968.

## RESEÑAS

**Aldave Medrano, Estela**, *La muerte de Jesús en el Evangelio de Juan. Historia y memoria* (FMF) 631-632; **Baura de la Peña, Eduardo - Sol Thierry**, *Iglesia, personas y derechos. Curso introductorio al derecho canónico* (MAEA) 652-654; **Bertazzo, Luciano**, *Colligere fragmenta. Studi e ricerche di storia religiosa* (MAEA) 648-650; **Cano Gómez, Guillermo J.**, *Historia de los padres y doctores de la Iglesia* (DTC) 650-652; **Doyle, Eric**, *The essence of Franciscan Spirituality* (MAEA) 654-656; **Enxing, Julia**, *Culpa y pecado de (en) la Iglesia. Una investigación en perspectiva teológica* (BPA) 640-641; **Guijarro, Santiago**, *La memoria viva de Jesús. Dinámicas de la transmisión oral* (FMF) 632-633; **González de Cardedal, Olegario**, *La pregunta por Dios. Experiencias límite y respuestas de fe* (PSA) 641-643; **Kessler, Hans**, *¿Resurrección? El camino de Jesús hasta la cruz y la pas* (JMSC) 643-647; **Lampe, Peter**, *Los primeros cristianos en Roma. De Pablo a Valentín* (FMF) 633-635; **Lohfink, Gerhard**, *Al final ¿la nada? Sobre la resurrección y la vida eterna* (FMF) 647-648; **Lohfink, Gerhard**, *Entre el cielo y la tierra. Una nueva interpretación de los textos bíblicos fundamentales* (PSA) 635-636; **Noguez, Armando**, *Las grandes controversias de Jesús. Relatos, historia y mensaje descolonizador según Marcos* (FMF) 636-637; **Pikaza, Xabier**, *Enséñanos a orar. El libro de los Salmos. Lectura cristiana* (FMF) 637-638; **Vásquez Pérez, María Nely**, *Lectura postcolonial de Gálatas en Tatha Wiley y Davina López. Claves metodológicas para una espiritualidad bíblica* (MRVA) 638-639; **Yugar, Theresa A. - Robinson, Sarah E. - Dube, Lilian, - Hinga, Teresia Mbari**, *Valuing Lives, Healing Earth: Religion, Gender and Life on Earth* (AMW) 656-660.



**INSTITUTO TEOLÓGICO DE MURCIA OFM**  
**Servicio de Publicaciones**

